

WEIASA: "EL FUEGO DE LA TIERRA DEL AGUA DE LOS QUE SUEÑAN"

INTRODUCCIÓN A UN PENSAMIENTO DIFERENTE (Fragmentos de diario de campo entre el pueblo indígena U'wa)

CANTO A LA LUNA

*Yo pobrecito
no tengo gallina
ni calzón
ni mochila,
tampoco tengo perrito,
ni marrano.
Mi ropita es poquita,
no tengo sal,
ni plata.
No tengo quien me acompañe
no tengo nada*

*Pero cuando cante
cazaré mucho
pavas, gargantillas y ciéntaros,
pescaré mucho
me acompañará un perrito
y también un amigo.*

*Todo eso conseguiré
cuando yo cante

Y si no llego a cantar
la carne del monte se ariscará,
la carne del agua se ariscará
el amigo se irá
y no encontraré nada.*

(FRAGMENTO DE CANTO U'WA)

NOTA INTRODUCTORIA

El presente material procede de una de mis tempranas visitas a la Tunebia -región de los indígenas U'wa, su verdadero nombre émico-.

El cuerpo central es una reconstrucción de las experiencias tal como quedaron consignadas en mi diario de campo. Las historias del fuego, de la tierra y del agua, contadas por un Careca Uerjayá¹ U'wa, me sirvieron como marco para ser enseñado acerca de tipos no occidentales de conocimiento, -experiencias en pos de las cuales yo no iba-, pero que en la opinión de mi maestro indígena, eran necesarias para ser transformado y poder así comprender una estructura de pensamiento diferente.

1. EL FUEGO DE LA TIERRA

El camino empedrado se empinaba cada vez mas. El mapa cientos de veces desdoblado y resguardado de la humedad por una funda de plástico, señalaba nuestro ascenso hacia la aldea indígena de Rabaría. Cumplíamos cerca de tres horas de travesía a lo largo del valle del río Cobaria, desde el poblado de Cubará, lugar donde Weiasa misteriosamente me había esperado el día anterior. El mismo había conseguido que el funcionario de la oficina de Asuntos Indígenas nos prestara una mula baya que ahora nos cargaba morrales y provisiones; y su menuda figura de kareca U'wa se agrandaba ante mis ojos a medida que avanzaba el lluvioso día.

¹ Cacique y sacerdote tradicional

Por primera vez veía los cúmulos grises que se engarzaban en las copas de los árboles gigantescos; paisaje que después me sería familiar en la Tunebia.

Entre temeroso y asombrado oía el susurro de un canto con el cual Weiasa enfrentaba el cosmos mientras tiraba del cabestro de la acémila que aterrada se negaba a cruzar el cauce pedregoso y crecido de un río que las costumbres de verano habían bautizado "Caño Seco". A menudo me enjuagaba de la barba los hilos de agua que la llovizna me iba formando.

No podía dejar de admirar el paso con que mi compañero y maestro podía vencer las crecidas aguas, los árboles recién descuajados por el huracán, las piedras descomunales que interrumpían el sendero y todos los demás obstáculos que erizaban nuestra jornada, sin detener ni por un momento su cansada melodía. Su canto era nuestra única seguridad inmersos en ese palpitar de nubes y viento que estremecían las arboledas haciendo crepitar la selva y gemir sus hojas. ⁽⁷⁾

Tan pronto como apareció en un recodo la desvencijada construcción de la escuela de "La Cabaña", Weiasa sin mirarme sentenció:

- Quedamos aquí hasta que no acabe Sibutá.

Y presuroso ató la rienda a uno de los postes del cobertizo de tela encerada, aligeró la carga y soltó las cinchas. Luego cómodamente sentado sobre sus talones hurgó en su mochila y al cabo de un momento extrajo un tabaco, lo partió en tres y me ofreció una parte. Un año atrás él mismo me había enseñado a masticarlo. Acepté inmediatamente y él guardó el tercer pe-



dazo en su úcua². Por primera vez en todo el día lo miré a los ojos sin que me evitara.

- Dígame la verdad Weiasa- le dije- ¿Cómo supo que yo venía?

Un breve silencio parpadeó entre nosotros y tras una intensa mirada replicó:

- Se mojaron los fósforos...

Su mensaje señalaba que sería inútil interrogarlo. Nuestras largas expediciones por los caminos de la Sierra de Chita me habían enseñado que la proximidad se tejía siempre con fugacidades; con delicadas filigranas de silencios, cantos, gestos y palabras, en un mundo en el cual la poesía era el lenguaje cotidiano.

Tres días atrás la Fuerza Disponible de la Policía en Bogotá había arremetido contra los estudiantes de la Universidad Nacional dejando dos muchachos muertos en la Ciudad Universitaria. Esa misma noche las residencias universitarias Uriel Gutiérrez -bautizadas así en memoria de otro mártir estudiantil, y reconocidas popularmente como "Gorgona"- fueron allanadas por el ejército, y nosotros, los pocos que aún quedábamos en el edificio, fuimos conducidos entre bolillo y madrazos al batallón de la Policía Militar en Puente Aranda. Al amanecer con la sangre seca pegada del cabello y la camisa desgarrada había sido interrogado por un Capitán malhablado y cetrino; y quizás mi aire de primíparo provinciano, al que la metrópoli todavía no había logrado desarraigar; lo convenció de mi única culpa de estudiante.

Sin un peso y malayado llegué por fin a mi cuarto a recoger los pedazos de los libros que se salvaron del

saqueo y a disponerme a afrontar un largo cierre de la U. Entonces recordé a Weiasa y sentí la nostalgia de la querencia de los U'wa y me decidí a marchar buscando la universidad de la selva, dejando a la otra atrás, ultrajada y vencida.

Una larga noche de viaje y duermevela me llevó por Tunja, los recuerdos del allanamiento, el Cañón del Chicamocha, el miedo de no encontrar a Weiasa en Rabaría, las requisas de madrugada, el frío del Páramo de Santurbán, el dolor de los bolillazos en la espalda, Pamplona, el caluroso sol polvoriento de la carretera del Sarare, las cuentas del dinero escaso; hasta caer vencido por el cansancio en un sopor húmedo que me acompañó hasta las calles mismas de Cubará tras treinta horas de viaje.

Cuando ya el bus continuaba su marcha rumbo a Saravena, y yo a la orilla de la carretera desempolvaba a los golpes mi raído morral, emergió Weiasa como un espejismo con su serena sonrisa:

-As racaro³ - dijo

-Tínjaro⁴ - contesté sin poder creer que fuera él.

Era el saludo tradicional. Desde entonces varias veces le había hecho ya la misma pregunta y como al principio su reacción era conducirme a la intuición de su certeza inmensa que lo había arrancado de la pequeña úbacha⁵ dos noches antes. Así había caminado casi ocho horas hasta la calle real de Cubará, donde me había sorprendido con su risa callada afirmando con un movimiento de su cabeza:

-Yo sabía que ya venía. Por eso bajé a encontrarlo!

Lo dijo con alegría ingenua sin sospechar mi reacción incrédula:

-¿Cómo supo eso? ¿Quién se lo dijo?

Le increpé. Lo sentí titubear y por un segundo vi una sombra sobre sus ojos. Pero inmediatamente brillaron de nuevo:

-Dijo el radio!

Se disculpó y enseguida de dentro de su mochila sacó un radio transistor y lo esgrimió como prueba contundente de su versión.

-Es imposible -repliqué- ni yo mismo sabía que iba a venir !

Ahora, oyendo llover en la escuela de "La Cabaña" repasaba el itinerario vertiginoso de los días anteriores y quería hacer y hacer preguntas que sabía no iban a ser respondidas en mi lógica occidental atrapada en un lenguaje monosémico. Weiasa interrumpió mi meditación:

-Gwajca⁶ ¿trajo fósforos?

El trato familiar de "hijo" no era común en él. Su trato ya era una respuesta a mi pregunta y un aliento para continuar en la búsqueda de respuestas. Imaginé un tibio fuego para acompañar la espera, mientras la lluvia arreciaba afuera.

-¿Y en su úcua no trajo las varitas de ebará⁷ ?

Le devolví la pregunta con malicia a sabiendas que bajo un techo extraño, Weiasa no se atrevería a encender por fricción un fuego, como es la costumbre entre los U'wa. El se daba cuenta de mi juego. Algo iba decirme él, cuando me interpuse:

-Si me presta el ebará yo bato la candela. Acuérdese que el año pasado me prometió que me enseñaría la

3 Yo llegué (Saludo)

4 Tarde bonita (Saludo)

5 Casa tradicional

6 Hijo

7 Varitas para prender fuego por fricción

historia del fuego. Con este frío que está haciendo Yiwícuá y Suábacha⁸, Sira⁹ no puede ponerse bravo si yo hago un tizón!

Había mencionado los espíritus que según la tradición desatan la lluvia, recordando que Weiasa mismo había mencionado a los truenos por su nombre ceremonial, Sibutá. Lo provocaba adrede con la esperanza de romper el tradicional silencio que vela la tradición oral y el conocimiento ancestral de los U'was. Extendí mi mano

con la palma hacia arriba y lo miré fijamente. Mi compañero y maestro por muchos caminos de la Tunebia sonrió y me alargó el ebará y sin translucir inquietud en los ojos señaló un lugar en el piso de tierra donde quedaban huellas de un fuego antiguo.

Hincado en posición genuflexa, con el pie izquierdo aprisionaba contra el suelo uno de los trozos del ebará y empecé a batir entre mis manos el ebará macho tal como lo había visto hacer a los U'was. Weiasa en su sitio, reinició en voz baja su canto meciéndose con un ritmo que se me antojaba una mímesis de las oleadas de lluvia que golpeaban las paredes del rancho. Me detuve un momento mientras dispuse la grabadora cerca de sus pies, y reinicié la fricción del ebará en busca del fuego.

De su pequeña ucua había extraído una cañita de bambú, el árwara¹⁰, en la cual guardaba la rúbris¹¹, la pluma de garza, para soplar y purificar el fuego que aún no nacía del ebará. Estuvo cantando tal vez unos quince minutos mientras yo me esforzaba por mantener el ritmo y la presión constante hacia abajo. De repente se interrumpió para decirme observando un hilillo de



(8)

humo que ascendía en espiral reptando por la varita vertical:
-Siga, siga. Ahora ya no puede parar. Yo voy a contar ese canto.

Entonces, inclinando su tronco sobre las rodillas, empezó a decirme:

"Rurcocá es aba de Sira, es como un cielo que formó a Sira pensando. Allá vive en Cuárara que es su casa que es como un solo punto, donde no cabe sino ella, como una punta y también masca tabaco

cuando piensa como hacer una familia, pero no es el tabaco de los que hay en este mundo, sino que es como un ayo, es súwara, es el ayo del cielo. Así fue que el comenzó batiendo una candelita y salió de un tizón Sira, que es el mismo Rucua. El tiene una cara como nosotros, como la gente, como propio tunebo. Entonces así mismo como Rurcocá hizo a Rucua, también hizo a Subáucara que es su mujer, para que entre ellos tengan mucha familia. Rurcocá le enseño a Sira a pensar a mascar súwara para que Subáucara tuviera al mayor de todos los tunebos, a Abiná. El vive debajo de Rucua y allá ya hay mas campo. Es como un cristal, como un ojo de candela. La casa de él se llama Shíoma y el es el dueño de este punto. Cuando va a salir el sol el viene a ayudar a los carecas que soplan para curar a la gente. Por eso Sira es el papá señor, el abuelo de los Uùa Sira es también esposo de Ucacuba, que come flores y enseña a los niños nuestra lengua. Winócowá también trae niñitos a este mundo. Rohsa y Burowá son tam-

8 Personajes miticos que producen el frío y la lluvia.

9 Dios

10 Caña para guardar la rubriza

11 Pluma de Garza par ceremonial.

bien hijos de Sira y por eso Rurcocá es la propia cabeza de ellos. Más abajito vive Bistargria y todos ellos se alimentan de Suwa que es la flor de anará el ayo del cielo, porque tabaco no mascan. Otro hijo de Sira es Orúcuba que también acompaña a los carecas para curar a la gente. Yunría es también hija de Sira.

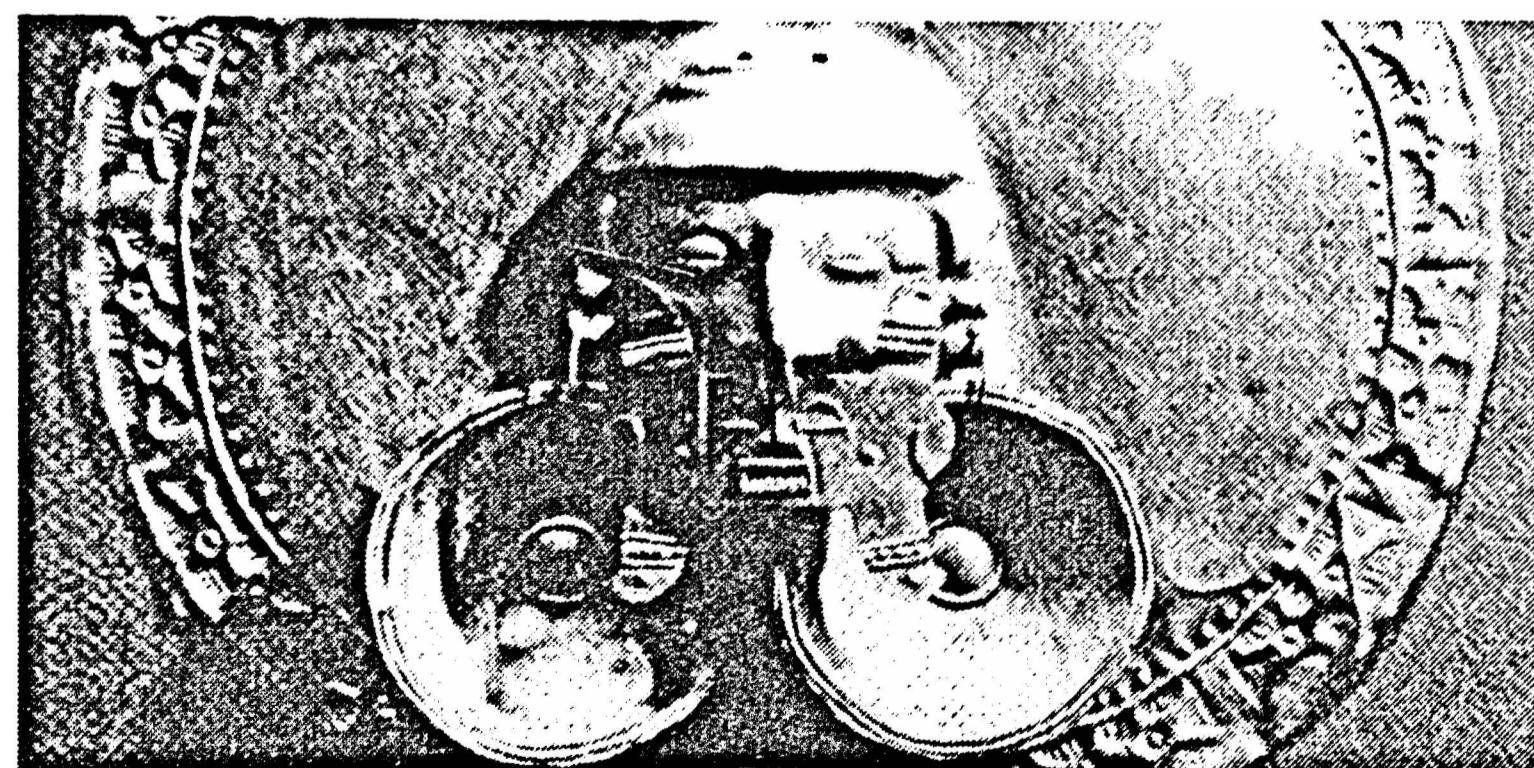
Después Rucua también hace a Emircuba, a Rikiwía, a Sucuía, a Ukitcuba, a Wachárcuba, a Yawácuba, a Ritówia, a Yakisía, a Orosia, a Bécuasia, a Rigría, y a Rairía que son todos hijos de Sira. Por orden de él, Subáucara hace a Aboswía, hace a Rebraia, hace a Sanraiá, hace a Risárcuba, hace a Cucacuba, hace a Tekicuba, hace a Rubarcuba, hace a Ukía, hace a Sarcuba, y ahí termina de hacer a todos los hijos de Rucua.

Entonces Abiná, que es el hermano mayor de los Tunebos, pensando y mascando la flor de Anará creó a Cotiná. Aboswía por orden de Abiná hizo nacer a Isimará, nieto de Rucua, que se casó con Cotiná, y ahí mascando Suwa hizo nacer a Ruwájama. El mismo Abiná dio orden a Ruwájama para que naciera Cowárama que es como un espíritu que vive entre el monte y se la pasa vigilando a todos los animales para que no se terminen nunca..." (1)

Un tizón diminuto, incandescente, como el ojo de un felino nocturno, saltó de la punta del ebará. Weiasa presuroso lo recogió sobre un leño que ya había dispuesto y con un soplo delicado empezó a avivarlo. Me miró en la penumbra que nos empezaba a rodear y por primera vez reímos con ganas.

- Casi no capaz! - dijo y volvimos a reír.

- Ehh, si puedo- repliqué- ya sé prender los fósforos tunebos!



(9)

Nuevamente y con mas emoción reímos.

Ahí estaba ahora el fuego latiendo como un pequeño corazón entre los leños con los que Weiasa lo abrigaba.

-¿La historia que me contó es la del fuego?- Pregunté sin mirarlo.

- "Sira es primero. Por eso conté el principio, porque él es el mayor de la candela, de la tierra, del agua, de todo. Rucua es primero. El hizo el pie del mundo, Witira, que es como del color de un vidrio, como rojo, como amarillo, como rojo, como un hierro caliente que es también de todos los colores. Primero es rojo, después es amarillo, después azul, como el color de las montañas de lejos, cuando el cielo esta ralito, y después es también verde, como azul.

Sira hizo el principio de todo, trabajó por todos, porque hizo todos los colores, por los tigres, por Sántaia, por el presidente también. Por eso hizo a Witira de todos los colores y entonces cuando terminó el espera junto a Subáucara que es como una mujer bonita que le ayudó y que se queda allá en el cielo y no viene a este mundo. Todo es puro Witira."

Se detuvo nuevamente, luego extendió sus manos sobre el fogón y yo instintivamente hice lo mismo. Alimentó el fuego con lajas de leña que se iban secando al rescoldo.

-Tome -dijo entregándome el ebará- Ya es suyo. Ya pudo prender.

Emocionado lo guardé en mi mochila y lo miré, dándome cuenta de que nunca había apreciado tanto su generosidad.

-Oké, oké, -dije- pero ¿ la historia de oka?

Adiviné su mirada. El

recomenzó su canto. La lluvia no amainaba y era una hora indescriptible y oscura. El amargor del tabaco había impregnado y adormecido el hambre del día y seguimos allí disponiendo nuestras cosas para pasar la noche. Trataba de retener algunas palabras del canto de Weiasa, cuando se detuvo con un juego melódico descendente y continuó que se me antojó el canto de un ave nocturna. Con sigilo se levantó y giró alrededor del fogón, y por un costado de la paredilla de macana escrutó las ondas de lluvia que seguían bajando por el camino y volvió hacia el fogón y tomando una tea encendida me invitó:

-Vamos a poner kibáchita, una trampa -aclaró.

Empuñe mi linterna y salí tras de él. Al otro lado del camino cortó varias hojas enormes de rascador y con astillas de la misma tea que hacían las veces de agujas tejió unas capas para protegernos de la lluvia y nos internamos en el monte.

De nuevo reinició su canto y luego de un rato de seguir sus huellas trastabilleando, se detuvo. Solícito quise ayudar a tender la trampa para la cacería pero él sólo quería que mirara. (2)

Regresamos y me animé a acompañar su canto con los ecos finales como es habitual. De nuevo en el rancho que nos albergaba pusimos nuestros tendidos junto al fogón que me ofrecía la fascinación del fuego primitivo.

Weiasa volvió a ocupar su sitio, aceptó la mitad de un tabaco, escupió un par de veces lejos del fogón, y con aire de quien saca palabras cuidadosamente guardadas habló:

"Entonces, ya Sira había hecho el Witira. Que es esa peña donde descansa esta tierra y se puso a pensar cómo tenía que hacer para colocar este mundo de arriba, este Rirará; y en seguida la dio la orden a Canwará que saliera a hacer estas peñas. Canwará que es como un Rújura, como un diablo muy feo, que tiene hijos en todas partes se vino a poner las peñas. El es como un Acúa, como un yopo, de ese color, rojo, como un palo, como una cuchara, pero

es distinto. El es pequeñito, es hijo de Bistoá, que se queda en la Caba, un punto donde vive una candela, como el del infierno de los colonos. Esa Caba es su abuela. Entonces Canwará, que tiene como amarilla con mucha barba, cogió con la mano un carabai, que es como una rajita de palo y apoyado se vino caminando, cargando una bolsa con yopo que trae para sorber. Entonces llega a un punto muy lejos, más allá del río Cubujón y se sentó en Támara y se sentó a machacar yopo, molía y revolvía pero ba pensando. Sorbió un poquito y con puro pensamiento hizo una peña. Sorbió otro poquito, como una copa, como un tago, y se fue emborrachando. La primera peña que hizo es Tina y ya estaba tan borracho que casi se caía, cuando empezó a echar yopo un poquito aquí y otro más allá por eso quedó Tina por el lado de los mojicones; sacó a Oigará, que quedó más arriba El Zulia, más arriba de donde queda una laguna grande Tegría para arriba; mas allá de Cobaria, más allá de Ura, que es una laguna grande, allá quedó ese cerro. Entonces, puso a Cuanayá, como una peña en la costa del río Cubujón. Todavía no había agua.

Así siguió Canwará todo borracho hasta abajo de Rairía, hasta Shioma y pasó por muchos puntos que yo no le alcanzo a contar. Demora más de un día esa historia. Canwará no va andando, él está quieto, pero va mandando las peñas y le va poniendo nombre a todos los puntos: Wárara, que es un cerro como al occidente de Cauca, Reutisa, allá donde está mi casa; Ruruwa, que es otro punto; otra peña más allacito de Bókota, más allacito de Bachira puso otra peña que se llama Rawea, la misma que los colonos llaman el alto de infieles. De ahí para arriba no hay monte, todo es ralito. Ahí Canwará paró y descansó como un minuto, por eso después mandó una peña grande, que es Raiana, la Sierra Nevada blanquita de Chita. Al otro lado mandó a Acaná, que es la peña de Güicán, Chérataia, que es una peña que queda más arriba de Guacamaya; Usowía, que es un cerro que queda cerca de Tunja, Guarujaca, que es la misma peña frente de

Sántaia, misma Santa Fe, misma Bogotá. Ese Guarujuca, los colonos llaman Guadalupe. Más lejos Canwará mandó las peñas de Usoricuasa, a Iariborá, que es el límite del resguardo, por el Bachira y también una peña muy grande, que es Rusroná. Más lejos mandó a Wánwara, a Cúcoba, que es un páramo que queda en la cabecera del río Satocá. Junto a la cabecera del río Arabá, que se llama en castellano Cusai y que más allá de Fortul. Después puso a Cúcoba, que es la misma serranía de Cuiloticos y enseguida mandó a Shíoba, que queda cerquita de Shioma, casi a orillas del mar. Después mandó a Sírsra que queda más arriba de Shioma y es una peña que está cerca de la costa del mar; y mandó también a Báanica que es la última peña de la cordillera, y allá acaba de levantar estos cerros, de esta cordillera porque ahí ya no hay más.

Entonces Canwará vuelve a descansar y empieza a hacer unos cerros bajando para Venezuela: Ruswaia, que es la misma cordillera del acordeón, de Canicas, cerquita de Cubará, Chímarowa, que es una peña donde cae el río Bojabá al Arauca, Súsbuca, que es una peña que queda más abajo de las bocas del río Casanare. Hace también a Ráiana que queda mas abajo por el río Meta. Claro que así también se llama una peña que queda por el páramo de Güicán que los colonos llaman Boquerón Rebelde".

Después Canwará mandó a Iramachá bajando para Venezuela cerquita del mar, a Amachowá ya casi en la costa, Acuárona, un poquito antes del mar. En el último lado de Venezuela en las bocas del Arauca en el mar hace a Yacurá y después cuando Yakchoa trajo el agua también le pone el mismo nombre a ese mar, pero esa es una historia distinta.



Después Canwará cojío por el llano mas abajo de Venezuela y fue haciendo muchas cordilleras, pero esa historia es muy trabajosa y yo no se contar en castellano. Así fué acabando de hacer a Rirara: Hizo la peña de Cócora en la cabecera del Sarare en Venezuela; hizo a Chiábara en las cabeceras del río San Miguel, después hizo a Cubracha cerquita de Cúcuta. Por el lado que llaman Oriente hizo a Ubina que queda mas allá de Bitirwán, por las Cabeceras del Rio Satoca; y después hizo a Tírowa que es un páramo en las cabeceras del río Cusai, o sea el mismo Arabá, y mas allá por un punto que llaman Meta hizo a Boría que es un cerro mas al sur de las salinas al lado del filo.

Y ahora sí Canwará terminó porque ya está hecho el Rirara, y como ya hay peña ya se puede sacar candela. Por eso cuando el machete pega con la piedra, de ahí sale candela. La Piedra y la candela son como familia.

Canwará se va después para donde Caba, que es la abuela de él; va a buscar a Unuwá que es la propia mamá. Es casi como una niña, pero es vieja. Ella trabaja en su casa y tiene su candela, pero las cosas que come no existen en este mundo. Canwará llega allá y se sienta y ahí se queda vivo sin morirse. En castellano los colonos dicen que se llama nuestro señor, y que si muere un poquito, pero eso no muere de verdad, sino que se queda ahí donde Unuwá. Acará es también la abuela que sacó a Canwará de la candela para que el trajera el fuego a este mundo. Todavía no había gente. Ya había peña y candela, pero faltaba el agua..." (3)

Ya se estaba acabando la leña, y el sueño nos fué viniendo a los dos. En la oscuridad se escuchaba la lluvia cada vez mas queda y el leve crepitante de la candela.

Cuando abrí los ojos, apenas clareaba y ví a Weiasa en la puerta que regresaba de revisar la trampa, con un Guatinajo. Me fui levantando dándome cuenta que ya no llovía. Un cielo pálido, sin brillo, se asomaba al filo de la cordillera por el oriente. Mirando las cenizas del fogón me dijo:

-Ese Oka es suyo.

Con presteza me puse a recoger los tizones y cuando terminaba ya él estaba cinchan- do la bestia. Era mi fuego y en vista de la partida próxima me puse en la tarea de llevar cada carboncillo hasta un pequeño pozo que en una de las esquinas del alero, todavía recibía gotas desde el tejado. El mismo Weiasa, ya a punto de partir, dispersó los leños mojados, azuzó el animal que partió a un trotecito apretado, y emprendimos la marcha.

Me volví a mirar las huellas de mi fuego en el centro del rancho, y entonces recordé que en mi mochila, llevaba las dos varitas de ebará. Entonces las saqué de la mochila, y me fui contemplándolas largo rato.

2. DEL AGUA

(11)

Desde antes de amanecer, la vida dentro de la casa de Weiasa se iba despertando de una manera progresiva. El fogón había ardido durante toda la noche, calentando a la familia que se acomodaba sobre los colchones de hojas de bijao a su alrededor. Varias veces en la noche las mujeres alimentaban de leña las ascuas que también dormitaban bajo las cenizas.

Desde mi llegada reinaba en casa una excitación particular, a la espera de la ceremonia de "Bastar

"Cuistema" o quitada de la cócora; rito de paso de menarquía que se celebraría a la noche siguiente y a la que por primera vez en la historia de la comunidad de Rabaría, iba a asistir un extraño. La nueva mujer era Techira, sobrina paralela de Weiasa y por tanto su hija y la comunidad misma seguía con mucho interés los pasos preparatorios.

Los padres de la cocorada¹², Zúracha e Isumá se habían retirado con ella prudentemente, al otro lado de la quebrada de Sucuará, en la casa de la abuela materna. Su llegada a la casa de la ceremonia, estaba planeado para la tarde antes de comenzar la noche. Muy de madrugada algunas mujeres habían salido para las huertas: Becoswía, cuñada de la agasajada, su primita menor Unwara y Ritagria hermana mayor de ésta; quienes debían regresar al atardecer con sus pesadas cargas de yuca, bagala, bucuná, cogollos de platanillo, maíz, hojas de sámago, para ofrecer a los invitados en la fiesta de la noche.

Weiasa, su hijo mayor Arzayá, y yo, salimos del rancho cuando el sol ya se había izado en el firmamento. Iríamos al lugar donde en la noche se haría la ceremonia, dando un largo rodeo

por la montaña para recolectar algunas plantas silvestres de uso ritual, revisar algunas trampas y continuar mi preparación para la ceremonia. Llevaba ya tres días de ayuno riguroso que incluía la prohibición de consumir alimentos cocidos y sal.

El agua y el tabaco mascado eran los únicos elementos que podía consumir libremente en esos días y el resto de la dieta se componía de semillas, bebidas fermentadas de distintos productos de la selva, algunas



12 Mujer joven en ritual de menarquía

larvas crudas, cogollos de plantas y hojas de ortigo maceradas entre las palmas de las manos.

El camino era de fuerte pendiente y rápidamente lo abandonamos para seguir por estrechos cinchos de montaña por donde Arzayá revisaba una gran variedad de trampas para ratón, aves, armadillos, guatines, etc, que proveerían de carne a los numerosos invitados que nos acompañarían. Anhelaba yo la llegada de la fiesta, no sólo por su trascendencia sino para romper mi severo ayuno.

Mis destrezas de montañismo dejaban mucho que desear, y mis compañeros y yo reíamos cada vez que alternaba mis saltos con largos resbalones, o cruzaba los delgados y resbalosos puentes aleteando, o me aferraba sin mucha confianza de las raíces al avanzar en un tipo de ascenso cuadrúmano que me tenía exhausto. Después de un penúltimo traspié, Weiasa me comunicó que cambiariamos la ruta por otra más benévolas, en aras de mi probada torpeza urbana. Yo entendía que todo esto hacía parte de mi propia preparación para ser aceptado por la comunidad; y me esforzaba por parecer natural y ágil, lo cual no pasaba desapercibido por mis compañeros y le agregaba hilariidad a la travesía.

Cerca del medio día nos detuvimos en una meseta lateral de uno de los cerros que dominan el plan de Choonískesa¹³ y desde donde se observaban, esparcidos en el paisaje los techos semiescondidos de las ubachas de Rabaría. Enorme entre los cerros, el sol lanzaba golpes de fuego sobre nuestras cabezas y la sed era una sensación amarga y un pálpito continuo en las sienes.

-Kíkira -dije- Tengo sed. -Y me dejé caer.

Arzaya, que había dejado su carga de una docena de ratones y una gallineta en el suelo, rápidamente tomó mi bastón y lo clavó con ambas manos entre el pasto junto a mi espalda. Un cuerpo crispado amarillo y ne-

gro se retorció en la vara en el mismo lugar donde un momento antes iba a recostarme. Lívido me arroje de costado sin que por mi garganta seca hubiera podido salir un grito. Cuando logré incorporarme la meseta se me antojaba una inmensa hamaca y el vértigo me sacudía. Weiasa me tomó del brazo y me condujo a un sitio sombreado. Su rostro estaba grave, pero sus ojos tenían un brillo risueño. Se sentó a mi lado y extrajo de su mochila unas hojas alargadas de fino borde que le había visto recoger antes.

-Es baucará -explicó al tiempo que me ofrecía- Es el propio tabaco de los U'was. Este si hecha gajos...

Le agradecí con un gesto y me heché el baucará a la boca.

-Cuando yo era un muchacho jecho como este- dijo Weiasa colocando una mano sobre el hombro de Arzayá y la otra en mi rodilla- me mordió un acuáchita igualito... -señaló hacia el lugar donde aún se contraía en espasmos la serpiente-. Yo apenas estaba estudiando para ser un Cacique. Siujiná, cacique antiguo me vino a curar, pero el cura no lo dejó diciendo que era un diablo, y me hizo bajar para la misión del Chuscal¹⁴. Los curas mandaban en todas estas montañas. Entonces como el viejito, ya casi no podía caminar, mi sobrino Cucarúa, lo llevó trochao, alzaito y estuvieron muchos días, así, escondidos de los misioneros entre el monte por ahí en frente de la misión, soplando de lejos, curando de lejos, cantando de lejos, para que yo me pudiera alentar hasta que yo ya alenté bien. Casi muero! Ese acuachita mucho lo condenado!

El sabor del tabaco había impregnado mi sed dándole una consistencia pegajosa y amarga. No obstante me había dado fuerza para sobreponerme a mi propio espanto.

Weiasa- dije- Esta noche la quitada de la cócora es un trabajo de Yakchoá¹⁵. La chácara donde carga el tabaco de gajo es también por cuenta de él, pero me falta

13 Aldea conocida también como Rabaría

14 Misión de los Sacerdotes Católicos

15 Personaje mitico de primer orden

saber la historia de como sale el agua a este mundo. Si usted no me explica un poquito esa historia yo no voy a entender los cantos de esta noche...

Sonrió. Esperaba mi pregunta. Me ofreció nuevamente tabaco y dijo con un acento burlón:

-Este Arzayá ya conoce esa historia, ya sabe ese canto. El también está estudiando para kareka. Diga a él que enseñe...

Miré a Arzayá, el cual bajando los ojos se disculpó:

-Yo castellano no sabe...

Weiasa y yo reímos y Arzayá se sumó a nuestra risa. Entonces comenzó:

"Cuando ya el mundo está hecho, todavía no había agua. Sira tenía que volver a trabajar. Ya Witira estaba, Rirará había traído Canwará, entonces Sira come Anará, que es como el ayo del cielo y empieza a pensar para que salga Yakchoá. Todo este mundo era sólo peñas y estaba seco y la candela lo estaba comiendo, entonces Sira, mascando anará, hace a Yakchoá que parece una persona, como hombre, como uúa, y usa un bastón, una varita para caminar. El nace en su casa que es como un vidrio, mas abajo de Rairía. Sira le manda que venga, y viene con un canastico, con una petaca, porque él es el primero que enseña a tejer. Adentro trae cuatro calabacitos de distinto color bien tapados, guardados en una bolsa de algodón. El trae su propio ayo para soplar: es asa, coca, y también sirama que es como coca pero de hoja mas largas. Entonces llegó donde su propio hermano, que es Ruhtá, y que tiene un rancho como un blanco, como un colono, y se sentaron a charlar:

- A donde va? - le preguntó Ruhtá
-Voy a hacer un chorro .- Le contestó Yakchoá
-Yo quiero mascar coca -dijo Ruhtá

Entonces Yakchoá le da un poquito y entonces se ponen a hablar mucho rato por fin Yakchoá dice:

Yo me voy a donde Burowá y necesito traer un Burina, que es como una máquina, como un remolino, como un motor, pero distinto; que sirve para sacar el agua para que este mundo no se tape y se ahogue. Esa historia esta noche la voy a cantar. Es por cuenta de Kegráskuba, Ruráscuba, y Abákina, que son tres hermanas, hijas de Yakchoá y Soónera. Ellas son las dueñas de Burina, y viven y trabajan allá para que el agua no tape este mundo.

Después que sale Yakchoá de la casa de Ruhtá, empieza a subir por encima de Rirará y llega a la casa de Burowá, que es hijo de Sira y le dice:

-Retraca batro wibatro? -Le pregunta quién es, porque no tiene familia por allá-

-Llegamos nosotros -dice Yakchoá.

-Quienes, còmo llaman?-preguntó Borowá.

-Yo me llamo Yakchoá.

-Qué necesita?

-Yo necesito Burina.

-Bueno Rawi, que siga.-dijo Burowá.

Entonces Burowá sacó como una estera de bijao para que se sentara el hermano, y empiezan a charlar. Esta noche yo voy a cantar esa historia. Así se están un rato callados y Yakchoá le sigue pidiendo que le dé un Burina y Burowá le contesta:

-Yo no tengo...Aquí no hay nada...

-Mire, yo si necesito Burina para sacar agua, para trancar el mar, para que pueda vivir gente-Dijo Yakchoá-

-Yo no tengo, aquí no hay, contestó Burowá.

Y así tres veces Yakchoá le pidió un Burina y Burowá negó. Sólo la cuarta vez Burowá se le-

vantó y de una petaca sacó una Burina, y otra, y otra, hasta que ajustó cuatro, y se las entregó a Yakchoá.

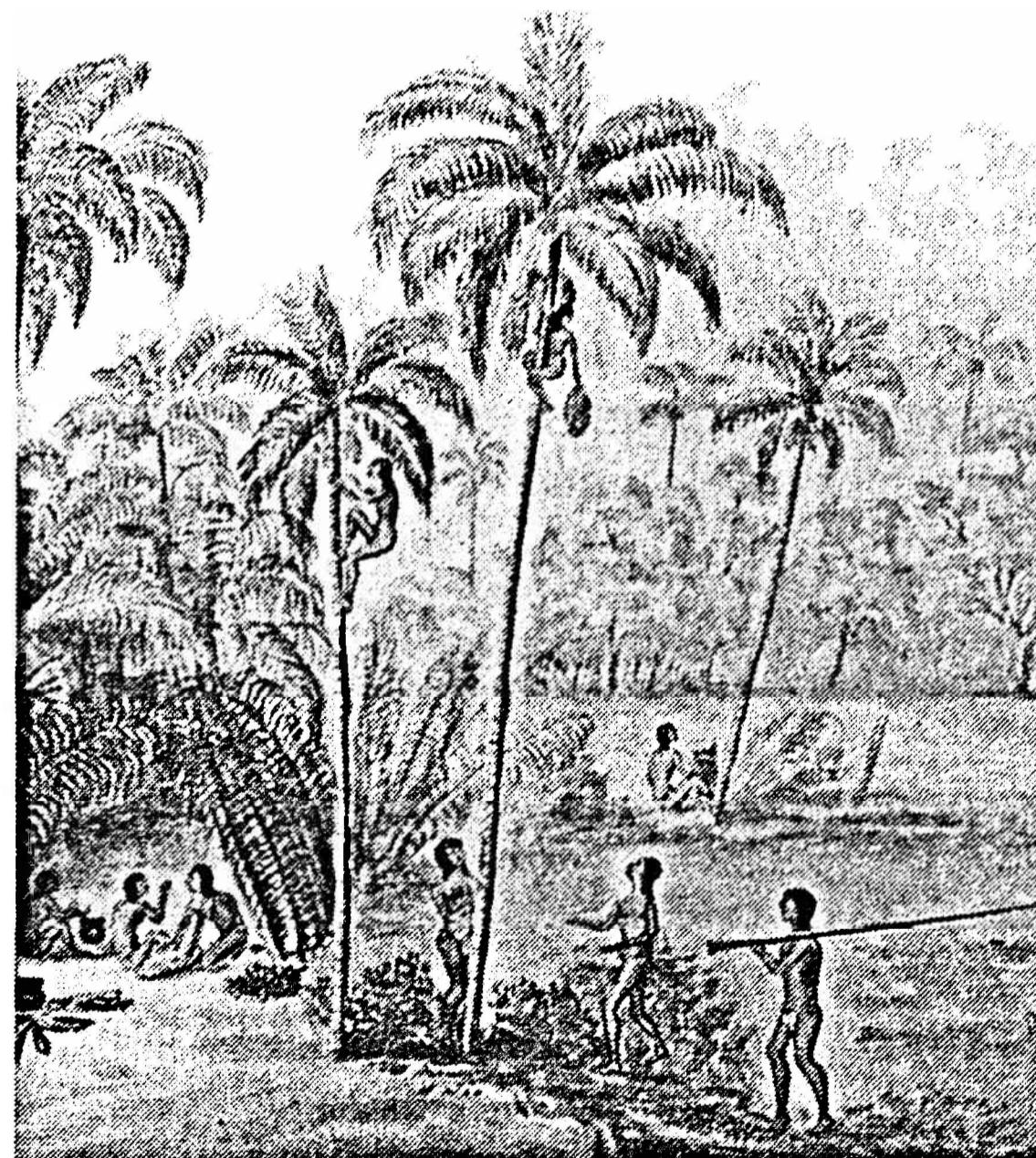
-Oke- dijo- gracias!

Y cogió camino y pasó por la casa de Abiná caminando rápido y fué hasta donde Caba, y comenzó a recoger agua, haciendo huecos, como valles, como cañones; y entonces mascó Suwa, y dijo:

-Ahora voy a abrir un calabacito y sacar Ria.

Primero sacó a Kerábara que también se llama Kerama, que es el mismo río Cobaria, después sacó a Chucábara que es el mismo río Cubujón. Después sacó a Royábara que es el mismo río Bojabá. Después sacó el río Chicamocha, que es el Chioría, y el Río Espino, que se llama Susineia. En el punto de Bogotá puso al río Umereicua. Para el punto del oriente que entre nosotros se llama Cuantía, puso a Rauría que es el mismo Río Arauca, y a Súseña, que es el mismo Orinoco. Para el lado de Occidente, que es el mismo Okaia, puso a Chiumbría, puso a Suátaya que dicen que es el mismo Río Cauca, Acataia, que es el mismo Magdalena y al final, por el lado del sur, que es el mismo Baroá, puso un Río muy grande que se llamá Abaría, que no se como se llama en castellano.

Cuando acaba de hacer los ríos hace en el cielo como nubes, hace omara, y empieza a llover. y saca después una petaca y la va llenando y cuando acaba lle-



(12)

na otra, y un calabacito, y otro, hasta que ajusta cuatro, y hace a Aría, a Oría y a Uría que en castellano son charco, charquito, caño y todos los chorritos.

Por eso Yakchoá se puso contento y se puso a hacer chistes con Caba.

-Oké mamá -le dice a Caba- Ella no es la mamá, pero le dice así charlando, por eso también nosotros tenemos esa costumbre.

Y ahí se despidió de Caba y entonces Yakchoá se devuelve por Rairía, Teukasa, Sikuataia y Kiskaia y llega mas abajito de pamplona, ahí donde ahora llaman el cerro torero. Ahí puso el río Chucara, y puso también una laguna, y otra y muchas en todas partes. Más acá puso a Táchira, que queda junto de venezuela. En las cabeceras del Cobaria puso a Keramá, y en las cabeceras del Cubujón puso a Cujowá. En una peña que se llama Carina, puso a Warogría, más allá en Ráiana, la sierra nevada blanquita de Chita , puso a Síseña que es la cabecera de Raunwía y Súseña. En la cabecera de Umereicua, por Santaia, por Bogotá puso a Iyarbura, y en las cabeceras de Abaría, puso a Yumbriá, y mas allá, mas lejos que todo, puso a Tikía, que es una laguna grande como un mar. Ahí descansó un poquito y volvió a mascar Suwa, la flor de Anará y pensó: "Me voy a ir otra vez por encima de los cerros llevando petacas y calabacitos" y llegó donde Rúcuta que vive en

Ijcuta cerca de Guicán y ahí se sentó y se puso a pensar y pensó: "Voy a mascar coca esta vez", y entonces empezó a cantar.

Y ahí fué cuando comenzó a salir asa, cawaia, baucará, kék-chira, tauchira, Riwana, Sewara, que son como plantas para mascar los karecas, súruwa de nosotros, que le pertenece a Yakchoa. En ese punto de Ijcuta Yakchoá cantó toda la noche, y terminó como a las seis de la mañana. Ahí puso a Ricá o sea los termales de aguas calientes para que se alienten los uúa. En ese punto cantó bastante. Gente todavía no había, pero el canto se quedó y cuando aparecieron los tunebos de Rúcuta, ellos lo aprendieron, y todavía lo cantan cuando van a poner la cócora. También cantan esa historia cuando hay matrimonio.

Cuando ya Yakchoá terminó de hacer el agua, Sira lo mandó al cielo como un palomo blanquito y brillante, como la niña de los ojos. Por eso Yakchoá se fué arriba haciendo las estrellas: Hizo a Uba, que es una estrellita, hizo a Búrbita, que es otra mas gruesita, hizo a Cuanacua, que ya es mas grueso, hizo también a cheibitá que es una estrella grande y que los colonos dicen que es San José..." (4)

Algunas nubes opacaron el sol por unos instantes. Mientras Weiasa hablaba, Arzayá sacó dos pepas de guaimaro¹⁶ de su mochila y me entregó una. Al principio el sabor amargo del cuesco me había desagradado, pero la costumbre casi continua de mascar tabaco había transformado mi gusto. Mastique despacio recordando las palabras alguna vez oidas a Weiasa que el Cará, el cuesco de Guáimaro es el camino hacia el conocimiento, la comida obligada de los tunebos.

Suspendida la historia, Weiasa se volvió al muchacho y dijo

-Raicotat usi rácaro¹⁷.

Y luego dirigiéndose a mi continuó:

-Ya toca ir.

Sacó de su chacara un tabaco que el día anterior le había yo entregado. Lo dividió en cuatro partes, me dió una, otra a Arzayá, dejó una para sí, y guardó la cuarta.

-Yo tengo bastante Urocowá¹⁸ - dije incorporándome.

-Toca repartir esta noche- me contestó

Nos habíamos alejado unos metros para iniciar el descenso, cuando recordé la vara que me servía de apoyo. Weiasa que descendía a la cabeza del grupo, advinó mi pensamiento sin mirarme y sin detenerse exclamó:

-Ese palo déjelo con Acuáchita !

Tomamos un sendero cerrado de maleza y pendiente. De vez en cuando por entre los claros de la selva, veía el plan de Choonískesa que poco a poco se iba elevando a nuestro encuentro. Arzayá me espero un momento y señalando hacia abajo me mostró un manantial de agua clara que surgía entre las cañas:

-Ahí está Ria !

Recordé mi sed y resbalé hasta la fuente. El agua me sorprendió con un sabor ajeno. Mientras bebía con la cara entre el agua, oí a Weiasa que reía:

- Beba, beba...Esa agua ya es suya !

16 Palma de fruto amargo (Cocos Butirácea)

17 Vamos a casa de Raicota

18 Tabaco

3. DE LOS QUE SUEÑAN:

Por fin la quebrada de la Sirena!

Había iniciado el regreso a Bogotá y después de ocho horas de marcha sin descanso, al llegar al sitio en el cual comienza un camino un poco mas ancho e igualmente pedregoso, que colonos e indígenas denominan "la carretera", sentí la alegría de estar en un lugar conocido. Las lluvias de los días anteriores hacían que las aguas salidas de madre nos obligaran a realizar largos vados. En tiempo seco nos habría bastado unas cuatro o cinco horas para venir desde Reutisa, el cerro en cuya cima estaba la úbacha de Weisia. Una tarabita se extendía de un extremo al otro del cauce.

-Yo no me quiero meter al río, Tetá¹⁹
- le dije llamándolo afectuosamente
"padre". El se sonrió y animándose respondió:

-Espéreme aquí. Voy a buscar una polea - y se alejó presuroso.

Sentado en una roca, largo rato estuve contemplando las figuras caprichosas que las espumas formaban a flor de agua en el impetuoso torrente. Extraje de mi mochila un cassette con una grabación hecha por Weisia en la huerta de Ráota, un amigo u'wa de Sirkúrkesa, y me sumergí en cavilaciones y recuerdos. Tantas cosas había aprendido en las últimas dos semanas, que difícilmente podría olvidarlas: Había adquirido una nueva familia de cientos de miembros, y había aprendido que el conocimiento es una flor que siempre está abriendose en el interior. Cuando es conjunto, se construye con un tejido de amor, hecho de pétalos de palabras y silencios, caricias tácitas y risas, y también llantos. La corola, que nos unía era un respeto del cual no conocía yo ningún referente. Sagrado, íntimo, abordaba el cosmos como un tejido real-



(13)

mente vivo en el cual el individuo no era sino una partícula respetuosa de toda la vida que lo envolvía, y por su puesto de cada otro ser.

No sentí llegar a Weisia. Lo ví cuando ya anudaba a una horqueta de madera que nos serviría de "polea", una cuerda en forma de ojos de tijera. Yo fuí el primero en pasar con las piernas metidas en las asas de la cuerda y balanceándome como un perico perezoso a lo largo del hilo de acero. Atrás avanzaba Weisa con el equipaje y abajo el río bramaba a nuestras espaldas.

Ya al otro lado nos detuvimos a descansar un momento. Encendí la grabadora. Tres días atrás Weisa había estado "soplando" la huerta de Ráota, y ahora la grabación reproducía ese canto.

-¿Qué está cantando Tetá?, dije prestando atención a la voz que salía de la grabadora.

-Ahora, ahorita- dijo señalando el aparato y se quedó con los ojos entrecerrados como reviviendo el ritual. Cuando hubo terminado la grabación, entonces pareció volver en sí:

"Como ya los cerros están hechos, y la candela también; como el agua ya estaba pero no había comida, entonces Sira va a trabajar otra vez mascando Anará. El piensa que como va a alimentar a los Uúa, y entonces con el pensamiento saca primero a Súuna, que es como un ñame morado, y manda después a Yabiyá que es como un ñame blanco, que no se siembra, y es como un bejuco. Despues hace a Téena, que es muy amargo y tampoco se siembra, parece como una cepa de páramo. Hace después a Siscura, que es otro ñame que los colonos también comen, hace a Cuatáchira, que es otro

19 pap

ñame blanco, hace a Béruma, que también es un ñame blanco pero enrollado como la trompeta de un músico. Después trabajo haciendo el Kestumá, mismo Raízón, hizo Sara misma Raíz, hizo bucuná, mismo Ocumo, hizo Torona, mismo tamuruco, hizo Icha, la misma yuca, hizo Betkirá, mismo plátano chococo, hizo Ama mismo plátano hartón, hizo Yara, misma papa, hizo Ritotá, mismo trigo, que puso en un punto que se llama Ruba, que ahora solo viven ahí colonos; hizo también a Cebotá, la misma cebada, hizo Caaña, para sacar panela, hace Amora, mismo maíz cuarentano, hace Iúcatana, mismo maíz pequeño de tusa roja, hace Sísama uno mas pequeño que hay en Calafita, hace Siriowa, mismo plátano bocadillo. Ahí descanso un poquito..."

Se detuvo un momento y sacó de su úcua un bojote²⁰ de bagala y ocumo²¹ que Wábucha la esposa de Weiasa nos había empacado para el viaje.

-Coma- dijo.-Esa comida de u'was es ya comida suyo.

Empece a comer en silencio. Weiasa continuó:

"Despues Sira, que es Rucua mismo se pone ha hacer a las abejas. Primero hace a Casira, que es la mayor de abejas, que hecha bojote por fuera del árbol, despues hace a Anowa, que es abeja que hace colmena, pero propio nombre es bacuara. Despues hace a Wicójowa, abeja mansita que hace colmena al pie del árbol. Hace a Botará, la misma abeja tabanera, abeja real, que es gruesa y da mucha miel, hace a Bichara, que es mas gruesa todavía, hace a Rurucuija que también es mas gruesa y hace colmena. Por aquí por este punto de la Sirena había bastante, y los Uúa sacaban cera para llevar a Guicán, Espino y hasta Capitanejo iban. Ahora ya se acabó. Despues Rucua, hizo a Séetataia que es una abeja brava que hace colmena como un cajón en palmas de seje, en

palma Carówara, tambien en palma Ewatá que es gruesa y hay bastante por el llano. Esa hoja sirve para hacer casa y se puede sacar aceite. Séetataia hace casa también en la palma Amará, de la que nosotros hacemos el Baicurá, el plato de nosotros los Uúa."

Weiasa suspendió su narración mientras cojía un cogollo de hojas de pringamosa²² tierna para que me sirviera de postre. Después continuó:

"Ahora Rúcua manda con el pensamiento a los animales. Hace a Rucaná que es una rana pequeña y blanquita que se come, hizo a Bucátira, que es mas grandecita y también se come; hizo a Sisura, misma gallina, Tusina, mismo marrano, Cábira, mismo chivo, Obacha, misma oveja, después Wácoba y Caíncuba y ahí terminó ese trabajo.

Despues él mismo fué haciendo Cusa, o sea mantecoso, Cara, mismo cuesco, y todo fué naciendo ligero y grande, porque se necesitaba Yaina, o sea comida para poder mandar la gente a este mundo. Esa historia yo voy a contar esta noche cuando lleguemos al pueblo..."

Se levantó y cuidadosamente colocó las hojas de platanillo que habían envuelto nuestro fiambre, entre las matas de la orilla, y con paso resuelto, volvimos a caminar rumbo a Cubará.

Esa noche sentados en el corredor de la casa indígena de Cubará, con el cansancio de muchos días de marchas, me sentía invadido por una sensación de trascendencia extraña. Ese había sido tal vez, el precio que había debido pagar por todas las confidencias que Weiasa me había hecho en aquellos días. Quería retribuirle también yo con una narración. Le confesé mi deseo y él se mostró complacido.

Comence pués a contarle la historia de un aventurero italiano llamado Cristóforo Colombo, sus sueños y

20 Tamal

21 Tubérculo

22 Ortiga

convicciones, su peregrinaje por las cortes de Europa; su empresa alucinada y lo que entonces se llamó el descubrimiento de las indias. Weiasa se interesaba en los personajes, y repetía los nombres como haciendo un ejercicio de comparación en su memoria inmensa.

El interés que mostraba en mi narración me halagaba, haciéndome esforzar en presentarle detalles, minucias, para compensarlo aún más. Cuando por fin hube terminado se quedó pensativo y me requirió por los nombres de los Reyes de España y después por la mujer de Colón, lo que ciertamente no supe responder.

Se quedó callado, y yo buscando sacarlo de su mutismo, tras unos minutos me atreví a insinuar:

-Yo también sé una historia de los Uúa antiguos. La leí en papeles muy viejos en Bogotá. Si quiere se lauento...

Me miró con una mezcla de interés y preocupación y dijo:

-Si, cuente... Yo quiero oír...

Estuve meditando el comienzo de aquella historia encontrada en el Archivo Histórico Nacional (5) y que me había apasionado. Me asaltaron escenas de alegatos de encomenderos y partidas guerreras por las sierras que desde entonces se conocieron como "Serranía de los Infieles". Los viejos libros y legajos impregnados del inconfundible olor al pergamo húmedo. Quise trasladar a Weiasa al mes de Abril de 1650, pero desistí de mi empeño al percatarme de que tampoco a mí esa fecha me significaba nada y que la medida de los años allí resultaba inasible e inútil. Traté de pensar en términos de generaciones y el ejercicio resultó provechoso.

-Dieciocho abuelos atrás dije.

-¿Dieciocho abuelos?-repitió

Cada una de mis palabras la seguía con asentimientos periódicos. Narré como los blancos ya habían llegado a tierra de los Uúa. Weiasa no me quitaba de encima su mirada ansiosa manifestando inconformidad cuando explicaba las mitas de las minas de Vetas y La Montuosa, y de las encomiendas de Chita,

Carcasí, Valegrá, Servitá, Silos, y tantas otras que se establecieron sobre los tunebos.

Cuando me referí a Francisco Brinoá, personaje de los documentos de archivo que yo había consultado, gobernador de los "Indios tunebas de Servitá", se alertó aún más, y fué la única ocasión que me interrumpió durante el relato.

-Brinoá, así no es. Berinoá, así si es derecho !

Con asombro continué la narración, desconcertado por el hecho que Weiasa conociera detalles de tan remoto pasado. Lárgamente estuve describiendo la rebeldía de Berinoá y el refugio que alzó en "La Tierra Adentro", a donde no entraban los caballos y no los podían alcanzar las tropas de los encomenderos, y del grito de combate acuñado por los indígenas: "¡No tenemos ni Dios ni Rey y nos han de conquistar de nuevo!"

Por fin concluí contando el juicio que por "Indios Hechiceros y Mohanes" le había hecho el tribunal de la inquisición a los Tunebos de Servitá de la encomienda de Don Andrés del Basto Garça, y la condena a la hoguera que sufrieron seis de ellos. Todo aquello me animaba a pensar que Berinoá pudiera ser un ascendiente directo de los Uúa actuales.

Weiasa se quedó retraido y absorto. Pensé que podría estar recordando algo. Quise levantarme, pero Weiasa, asiéndome una mano, con voz grave me detuvo:

- No sabe esa historia Gwajca. Yo voy a contar al derecho. Es la obligación de los Carecas. Si cuenta una historia sin saber, este mundo se puede acabar. Se puede caer. Puede terminar todo. Vamos a mascar tabaco, dijo y me miró con una expresión paciente.

Volví a sentir como el sabor amargo se me expandía por todo el cuerpo. El continuó:

"Los Uúa son cuenta de Ruruna. El bautismo de los chiquitos es por cuenta de él. Cuando Sira, mismo Rucua, terminó de hacer todos los alimentos, se puso a pensar en como hacer para que salieran los Tunebos a este mundo, y como hacer para curarlos después. Por eso el

se puso a pensar mientras mascaba flor de anará y manda a Rúruna que saque a los uúa.. El lo primerito que hace es una mujer, Ruía, que sale nadando de un pozo que se llama Ruiría, que queda en Rairía cerca del mar por el lado del llano. Allá, mas lejos de Arauca, en Venezuela, vive una gente que trabaja el algodón, y viven en ese punto, pero no se ven. Por cuenta de ellos son los juegos de pita, anáchira que los uúa enseñan a los niños. En otro lugar que se llama Teucasa, en un pozo que se llama siunachá, salió Rémina que es un hombre. Allá en Teucasa viven ahora unos Uúa, cerca de Fortul. En otro punto, Sicuataia, salió una mujer. Ese punto queda por Calafita en el llano. Ahora allá viven unos uúa.. En otro lugar, Kiskaia, salió un hombre que se llama Sákina.. Ahí ahora viven los Uúa de Rotorbaría. En otro punto, en Inasa, en un pozo que se llama Itiriya, nació un hombre que se llama Besuachá. Ahí vivían los Besúa, los Pedraza, que eran propios Tunebos que ya se acabaron. En Cácaro, en un pozo que se llama Burara, ahí salió una mujer, que se llama Asumá. Ahí viven ahora los Tamaranes y los Aguablanca. En otro punto que se llama Cámara, en un pozo que se llama Runía, salió Erama que es un hombre. De esa gente no se sabe que se hicieron. Se envolotaron. En Rurcuara, en un pozo que se llama Conmara salió una mujer que se llama Cuachá, y ahora mismo en ese punto vive la gente de Cobaría y los Rinconadas. En otro pozo que se llama Sisría, salió un hombre, Caibocá y una mujer, Cámosaba. Ellos son los primeros de la gente de Bógota. En Cacua, en un pozo que se llama Uwasa, salió Ubuna, una mujer. Ahora viven allí los bachireños y los Sínsigas. En Rúcute, en un pozo que se llama Acana, sale un hombre que se llama Israia. Ahora allá viven puros colonos y cuidaderos,



(14)

porque los Güicanes se mezclaron con blancos y se acabaron. En Rubara, en un pozo salió una mujer que se llama Cagraia. En ese sitio se consigue bastante caracol, que los Carecas usamos para llamar a la gente como un trompeta. Allá ahora viven propios Uúa, muy lejos, por encima de esta cordillera camino de Santaia, Bogotá mismo. En otro punto que se llama Tamria, ahí salió Rewara, propio tunebo que ahora habla y escribe como Colono y son la gente de Tame. En Ocaia, en un pozo que se llama Chiscamá, salió una mujer con un hombre, que se llama Ucowa. Antes en ese punto vivían Uúa, pero esa tierra la quitaron los blancos, y ahora sólo quedan colonos. Eso queda de Tegria, mas para allá. En Shíoma, en un pozo que se llama Cuisutá, salió una mujer que se llama Cuéntara. Ese punto también se lo cogieron los colonos, y los Uúa de allá ahora viven en Tegria.

Entonces Rúruna se pone a mascar ayo y con el pensamiento da órden a los Uúa que salgan a

buscar candela, y agua, y alimento, y ellos encuentran todos los nombres distintos, y el agua, y la candela, y hoja de bijao para techar, y madera y bejucos para amarrar, y hacen úbachas, ranchos para vivir; y hacen fogones y sacan candela de una piedra que tiene candela por dentro. Todos los Uúa que salieron de los pozos hicieron así: hicieron casa y buscaron candela.

Sira también hizo otra gente, pero esa es otra historia mas larga: hizo a Sírina, que son otra gente que vive abajo en Venezuela y que nunca mueren, hizo a Bujutiná que son los motilones, y que son otra sangre y vivén mas allá de Cúcuta. Más arriba de Málaga, por el lado de Santander, hizo a dos hermanos que

son Ainíncuana y Suníncuana que son otra sangre y que no son tunebos. Ellos son cotudos.

Entonces Rúia, la primera mujer que nació en Rairía, va buscando para arriba y encuentra a Remina que venía de Teucasa. Machete no había. Solamente Raunjar Keskara que es como una machetilla de los antiguos. Esa vez no había Chiscai Kescara, que es hacha de antiguos. Y mas arriba, Asumá que venía de Cácará, encuentra a Besuachá que venía de Inasa. Mas arriba Sakina que venía de Kiskaia, encuentra a una mujer que venía de Sicuataia, y mas arriba Erama que venía de Cámara, buscó a Cuachá que venía de Rurcuara. Caibocá que venía de Bócola, buscó a Ubuna que venía de Cacua, y mas arriba Israia que venía de Rucuta, buscó a Cagraia que venía de Rubara. Mas arriba Ucowa que viene de Ocaia, buscó a Cuéntara que viene de Shíoma.

Entonces comienzan a salir Uúa, bastantes y los abuelitos de nosotros, o sea los Ruia mayores que fueron los primeros en salir del agua, quedan como piedras grandes, como rocas. Al pie de Bachira hay tres piedras grandes como una casa y juntas como un fogón. Son Ruia, antiguos de nosotros los Uúa. Por eso nosotros respetamos esa costumbre y por eso no hay que buscar mujer en otra parte. (5)

Cuando ya Rúruna terminó de hacer a los Uúa, entonces se fue a un chorro que queda abajo de Rairía y que se llama Múnmuna. Un indígena ahí no se baña. Ahí en ese punto es cuando el agua sube y sube y los colonos dicen que es el diluvio. Diluvio no es. Ese es otra historia distinta. Entonces Rúruna vuelve a mascar ayo y da la orden a Kakina que vaya haciendo todos los otros animales por todas partes del mundo (6). Kakina los cuida a ellos. Los otros animales así como gallinas, así como marranos, Sira se los dio a Wácoba y a Caiúncuna, para que ellos lo repartieran. Esa también es otra historia.

Entonces Rúruna pensando y mascando ayo, da permiso que venga Busaná, que es el antiguo mayor de los colonos, que es de la familia de Caba, propio hermano de Cánwara. Esa es otra historia. Sira le dió a ellos las herramientas y la plata. Busaná es hombre y viene del lado del mar con una mujer que se llama Siujana. El llega abajo de Rairía. Aquí sólo había Uúa, pero él va hasta Santaia y hace casa en una peña. Esa mujer en castellano se llama Adán y Eva.

En Caba, se quedaron Caurianá y Ujiana, que es el propio nombre del Rey y la Reina que mandaron a Busaná que va repartiendo a los colonos. Ese es mejor dicho Cristobal Colón, que es el papá señor de los colonos. Busaná trae un compañero que es Bería, y otro es Sicacúa que es propio Bolívar en castellano. El trae a una mujer que se llama Cuasaia al punto que se llama Bogotá en castellano, llegó Beria haciendo una casa en esa peña que se llama Guarujaca y que los colonos llaman Monserrate. Ahí todavía está la casa de Sicacúa en ese punto.

Antes en Sántaia había un indígena primerito. En ese punto había sal. Ese cacique se llama Zibá, que es un indígena de Sangre Uúa. La sal es de él. Claro que ese ya se murió, pero la sal se la quitaron y ya la tienen los colonos. Ahí en Tunja, también vivía Zácamuca, cacique antiguo de Sangre Tunebo. Allá también llegaron primero los colonos, y donde ellos van llegando, van cogiendo tierra, quitando... quitando... quitando... Toda esa gente ya se acabó. Todos ellos se mezclaron con la gente colono que los traía el papá de ellos Busaná, o sea Cristobal Colón.

Esa ruana propia de nosotros que se llama Corienna, nosotros cambiábamos con la gente de Ruba y Rúcute. Ahora esos tunebos se mezclaron con colonos y ya no quedan más Uúa allá. Por eso ahora toca comprar esa ruana en Chircachá, en Valbuena, de Güicán para arriba. De allá arrancan los colonos y pasan

por Chircachá, por Ritácuba, y vienen a vender a Bachira, y cambian por arrobas de muchas cosas que sacan los Tunebos después que pasan las fiestas de Guicán.

En Espino y Chiscas, también los colonos hacen ruanas de lana de ovacha para vender a los Tunebos. Todos nosotros usamos ruana. Antes los hombres también ponían la ruana con un guayuco, pero los curas molestan mucho y entonces ya uno no usa sino cuando está con los propio Uúa allá en la montaña. La Ruana tiene una historia propia. Esa es de nosotros, Esa es por cuenta de Chíuiana.

También los Uúa antiguos caminaban por Chita a la Salina donde Oorcanasa, que vivía allá y era cacique de ese punto. Ese se llama en castellano, Salina. Ahí sacaba sal del agua, no como Cacique Zibá, que sacaba sal de la peña. Todos esos nombres tienen que guardar los Tunebo. Allá en Bócola hay gente que tiene esos nombres de todas esas historias, para recordar y que los nombres de los antiguos no se acaben.

Los antiguos también iban hasta Sirietá que es una laguna del Cacique Zibá, que en castellano llama Guatavita. Ellos iban a traer machetilla y Ruanas y Sal. Eso era cuando busaná, o sea colono no venía a este mundo. Allá se bañaba Wacoba y Caiúncuba, esa era laguna de ellos. Berinoá ese es abuelo antiguo de la gente de Tegría."

La noche estaba avanzada. Oía ya algunos gallos cantar mientras escuchaba silencioso la larga enseñanza que Weiasa me entregaba; y el fondo delicado, íntimo que los habitantes nocturnos tejían en torno nuestro. Sólo oía su voz que me tocaba con una fuerza de convicción tibia y reconfortante.

-Weiasa, tengo sueño, confesé.

-Duerma- dijo levantándose- Ese sueño ya es suyo.
-Weiasa -volví a decir- ¿Cómo supo que yo venía?

-Ya tarde -me contestó- Sueñe.

En la hamaca, de nuevo reviví el viaje desde Bogotá lleno de inquietudes y en un momento una sensación limpida y alegre me invadió: ya no temía llegar y no encontrar a Weiasa. Estaba pleno de certeza que él vendría a encontrarme a mí.

Sentí de repente que alguien mecía el toldillo.

-Ya camino voy coger -dijo Weiasa.

Recordé la visión interrumpida y exclamé:

-Tetá, yo soñé que usted venía!

-Yo también ví que usted llegaba, gwajca.

No alcancé a darme cuenta del sentido cabal de sus palabras. Después de un instante salté de la hamaca y lo alcancé en la puerta.

-Porqué no me lo había dicho Weiasa ! Exclamé emocionado al tiempo que lo abrazaba.

- Tengo pena -dijo- y se fué sin darme tiempo de desfogar mi espíritu.



(15)